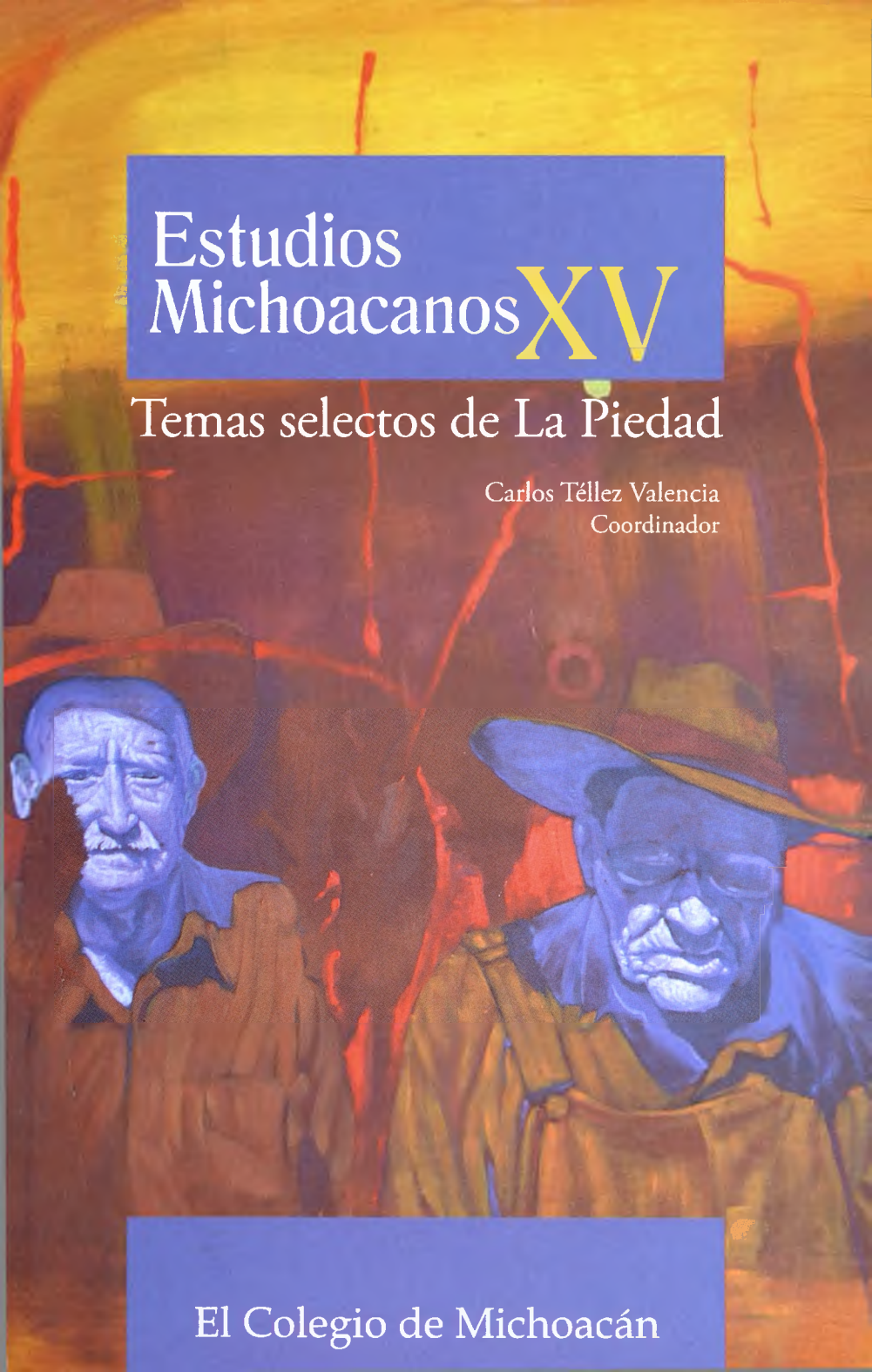
# Estudios Michoacanos XV

## Temas selectos de La Piedad

Carlos Téllez Valencia
Coordinador



El Colegio de Michoacán

# ESTUDIOS MICHOACANOS XV
## TEMAS SELECTOS DE LA PIEDAD

Carlos Téllez Valencia
(Coordinador)

El Colegio de Michoacán

# ÍNDICE

Introducción 9

Parte I
El paisaje natural como apropiación cultural

Aspectos físico-geográficos 15
Jesús Medina Rodríguez

El medio ambiente como patrimonio natural
y apropiación cultural, una mirada desde el paisaje 43
Ángeles Alberto-Villavicencio

Guía breve de aves en la zona urbana de la piedad 75
Erika J. Aguirre Zúñiga
(Introducción Nemer E. Narchi)

Parte II
Formación de la historia y la identidad piedadense

Morfología de La Piedad, Michoacán, 1699-1901:
estudio urbano, arqueológico e histórico 129
J. Alberto Aguirre Anaya

Así era La Piedad en los cuarenta 159
Javier Ortiz Rojas

Entre el estado y la propiedad privada. Influencia de la Iglesia católica en la organización laboral de La Piedad 181
Octavio Augusto Montes Vega

Una visión arqueohistórica de la porcicultura en La Piedad, Michoacán 211
Adriana Macías Madero

Parte III
La ventana de nuestros días

Vida empresarial en La Piedad 253
Brenda Urbano Hernández

Una mirada a la evolución de la población de un municipio metropolitano 295
Leticia Mejía Guadarrama

El patrimonio arqueológico, histórico y natural de La Piedad. Diagnóstico y problemática 337
Magdalena A. García Sánchez

Participación social y transición hacia un mejor gobierno 377
Carlos Téllez Valencia

Índice analítico 403

Índice toponímico 409

# MORFOLOGÍA DE LA PIEDAD, MICHOACÁN, 1699-1901: ESTUDIO URBANO, ARQUEOLÓGICO E HISTÓRICO

J. Alberto Aguirre Anaya*

Como se sabe o se percibe, las ciudades siempre están cambiando. Continuamente se encuentran en construcción, tanto en su aspecto físico como en el ámbito social; por ello se han generado diferentes mecanismos que intentan vigilar su constante construcción para hacerlas lo más habitables posible. Históricamente, son las instituciones del Estado las que han asumido la responsabilidad de atender el fenómeno urbano, pero en la actualidad la tendencia es que diferentes actores sociales, no pertenecientes a las instancias del gobierno, también tomen un papel activo en la atención al desarrollo de las ciudades.

De hecho, se han fincado amplias expectativas para que la sociedad civil se involucre en las acciones de gobierno de manera preponderante. La participación social se ha asociado con conceptos como la *gobernanza*, una derivación o renovación del concepto de gobernabilidad, en la cual se espera que las personas sean partícipes y compartan la responsabilidad en la toma de decisiones para resolver problemas, aportando sus puntos de

* El Colegio de Michoacán, A.C., Centro de Estudios Arqueológicos, betoagui@colmich.edu.mx

vista, conocimientos, creatividad y recursos, entre cuyos beneficios figura la integración social (Téllez 2014: 5).

En ese tenor, han surgido organizaciones ciudadanas denominadas *observatorios ciudadanos*, que emergen como órganos de apoyo para los planes, líneas de acción y operación de los asuntos urbanos. En ese contexto es que surge el Observatorio Ciudadano Metropolitano La Piedad-Pénjamo, y justamente desde esta plataforma nace el trabajo que a continuación se presenta. Así, como parte de los roles y objetivos que se pueden asumir como miembro de un observatorio, planteándolo de manera general y elemental, lo que se pretende es contribuir con un grano de arena al entendimiento de la ciudad de La Piedad y, con ello, proponer líneas de acción que propicien una mejor habitabilidad, propósito vinculado a los objetivos del proyecto general "Hacia la Recuperación del Patrimonio Piedadense", gestionado desde El Colegio de Michoacán.

El objetivo de entender la ciudad para aprovechar sus bondades y deshacerse de sus equívocos, resulta un paso lógico y fundamental, pero difícil de realizar en el mundo de la realidad cotidiana. En efecto, la complejidad que implica el fenómeno urbano sobrepasa el campo de estudio de cualquier mirada individual, por lo que este tipo de fenómenos tiene que ser abordado desde y por diferentes perspectivas. De esta manera, el presente texto aborda sólo un pequeño fragmento de lo que es la ciudad, e implica uno de los primeros pasos de un proyecto con objetivos más amplios.

Hay que entenderla desde su asimilación por parte de quienes la viven y la habitan en la actualidad, pero si tomamos en cuenta que la ciudad se trata de un fenómeno en constante construcción que crece con el tiempo, una manera de entenderla también se relaciona con el pasado; de esta forma, su actualidad adquiere sentido reconociendo su pasado. Lo que se pretende exponer en este texto en particular, es dar cuenta del desarrollo de

la ciudad a partir de la descripción de las formas que ha adoptado a lo largo de su historia. En otras palabras, retomar el aspecto material de la ciudad para interpretarla desde la mirada arqueológica.

## Metodología

Se ha señalado que la ciudad, y en general el paisaje, es equiparable a un texto histórico y que por lo tanto se puede *leer*. Se trata de una imagen sugerente que hemos intentado aplicar en este trabajo. La idea que sustenta tal tesis supone que el entorno, o mejor dicho, el espacio que el hombre habita, se produce; se trata de un fenómeno que no está dado *per se* sino que se está construyendo, y de una manera genérica su constructor es el propio hombre. Por lo tanto, ese espacio construido tiene que ver y puede reflejar ciertas circunstancias de la organización económica, la organización social, las estructuras políticas y los objetivos de los grupos sociales dominantes. "Solo hay que saber leer" (Capel 2002: 20).

Una manera de acercarse a la lectura de la ciudad es desde su aspecto físico, esto a partir de la descripción o estudio de la relación entre sus elementos y de la caracterización de las formas que adopta cada una de sus partes; es decir, mediante el estudio de su morfología, de la forma que resulta de la combinación de calles, plazas, edificios y demás construcciones que se aprecian en el devenir de su vida. Se reconoce que las formas físicas que adopta la ciudad son cambiantes, pero con elementos que perviven o trascienden en el tiempo revelan los cambios de la ciudad en su conjunto. Al ser un fenómeno en construcción, se encuentra en constante cambio, el cual transforma y retoma lo que ya estaba construido; en ese tenor, la lectura del paisaje urbano se equipara a la lectura de un palimsesto, "es decir que, como en un

manuscrito que conserva huellas de una escritura anterior, hay en él partes que se borran y se reescriben o reutilizan pero de las que siempre quedan huellas" (Capel 2002: 20).

Existen cuatro apartados que generalmente se retoman en los estudios de la morfología de las ciudades, a saber: el plano, el parcelario como parte específica del plano, la edificación y la imagen urbana (Vilagrasa 1991: 4); en este texto retomamos como tema base el trazo de las calles para analizar la evolución del plano de la ciudad. Es un estudio sobre el análisis de las etapas históricas del crecimiento de la ciudad, cuyo objetivo es desentrañar el trazo de las calles mismas, pero con apoyo de documentación histórica, gráfica o escrita. En ciertos casos también se ha acudido a la recopilación de datos recuperados de la tradición oral; todo esto cuando las circunstancias lo han permitido. Es en este punto en donde nos detenemos y hacemos un gran paréntesis para justificar dicho estudio como parte de un trabajo con un marcado carácter arqueológico.

Según la documentación histórica, el primer edificio significativo –como en la mayoría de los asentamientos novohispanos– se trata de una iglesia. Se construyó, o mejor dicho se terminó de construir en el año de 1699, pero es hasta el año 1901 que se escribe la primera descripción gráfica del asentamiento con la que se cuenta. Tenemos dos siglos de "construcción" de una ciudad de la cual no sabemos mucho en cuanto a su crecimiento físico desde la mirada y consulta de los documentos escritos, pero queda el documento material de la propia traza de las calles. En ese sentido, se retoma el trazo de las calles como un elemento de cultura material susceptible de ser interpretado, y a partir de ésta proponer una historia del crecimiento de la ciudad durante dos siglos.

La herramienta metodológica de la cual echamos mano es un mapa axial, es decir, un conjunto de líneas rectas plasmadas en

Figura 1. Líneas axiales sobre una fotografía de la ciudad, tomando como referencia la fotografía de Aerofoto, 1958.

Fuente: Elaboración propia.

el plano de la ciudad a partir de sus calles; dichas líneas conectan con espacios abiertos, para con esto formar el *esqueleto* morfológico de la ciudad y poder interpretarlo con ayuda de los edificios representativos de cada época. Se trata de la aplicación bastante laxa de lo que se ha llamado *sintaxis espacial*, propuesta en los años setenta por el arquitecto Bill Hillier, de la University College London (Hillier y Hanson 1984), y también de una recopilación de datos históricos que apoyen la interpretación del crecimiento de la ciudad. Vale anotar que la aplicación de la sintaxis espacial en el ámbito de la investigación arqueológica ha tomado un puesto sobresaliente como metodología aplicada al estudio de espacios tanto urbanos como habitacionales (véase Bermejo 2009), pero no

es la intención de este capítulo adentrarse en el desarrollo de dicha metodología, sino más bien en una forma de aplicarla y, sobre todo, presentar el resultado de la interpretación.

## Interpretación del desarrollo histórico de la morfología de La Piedad

### *Asomo del primer asentamiento y su entorno*

El espacio geográfico en donde se gestó el centro urbano de La Piedad se localiza en la ribera del río Lerma, en las últimas microcuencas antes de llegar al lago de Chapala. Se trata de una zona que tiene por un lado de la ribera una serie de lomeríos y mesetas, mientras que del lado contrario, un gran valle.

Al sur, sobre la margen izquierda del río Grande o Lerma, en la zona de lomeríos, resaltan tres elevaciones geológicas que enmarcan el paisaje del lugar, de oriente a norponiente se reconocen la meseta de Acuitzio, la mesa Vasco de Quiroga y finalmente la de Laureles o Cerrito del Muerto. Entre la mesa de Acuitzio (al extremo oriente) y la de Laureles (la más occidental), distan escasos seis kilómetros en línea recta, pero si fuera posible transitar sobre el río entre estas dos mesetas, el recorrido sobrepasa los 15 km, lo que nos da idea de lo sinuoso del cauce por entre estos macizos geológicos; es justamente en esta zona, caracterizada por un gran meandro acompañado por mesetas, en donde se asentaron los fundadores de lo que hoy conocemos como La Piedad.

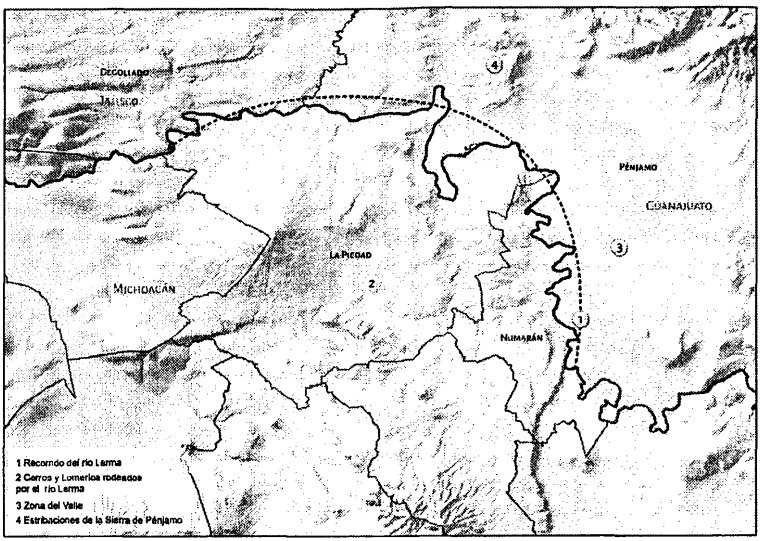
Podemos mencionar que estas mesetas también fueron cobijo de centros de población prehispánico, asentamientos que ya se habían difuminado en la historia cuando llegaron los europeos a la región; tan sólo nos dejaron como memoria de su

existencia un conjunto de estructuras arquitectónicas que todavía se pueden apreciar. Según los estudios arqueológicos de la zona, se señala que entre el 500 y 800 d.C. (E. Fernández, comunicación personal) existieron dos poblados, uno sobre la ladera de la meseta Acuitzio y el otro sobre la de Laureles o Cerrito del Muerto. Dichos poblados se construyeron frente al valle, como lo sucedido 900 años después, cuando se comenzó a gestar lo que sería La Piedad, pero en esta ocasión el asentamiento se desarrolló sobre las laderas de la mesa Vasco de Quiroga, en un lugar un tanto más alejado de la vista al valle, pero no por eso deja de buscar tal horizonte.

Antes de adentrarnos a los terrenos de la propia población, es necesario ampliar todavía un poco más el panorama del entorno geográfico e histórico. El valle al que se ha hecho referencia se extiende hacia el oriente y sur del conjunto de las mesetas, y esencialmente se desarrolla sobre la margen derecha del río Lerma por más de 20 km; esta característica está relacionada con la interrupción del camino del río hacia tierras bajas por un grupo de estructuras volcánicas de suma importancia para la historia de la región, a saber: el cerro de Zináparo y el cerro Grande o Cerro de Cuajuarato. Sin la presencia de dichos cerros y sus estribaciones, el río Lerma no interrumpiría su camino rumbo al poniente, directamente hacia el lago de Chapala; en contraposición, el río se tiene que hacer camino rodeando tales formaciones geológicas, dibujando en el plano un gran arco de más de 65 kilómetros (figura 2).

El recorrido del río por este arco se puede dividir en dos partes, una que acompaña al propio valle que toma rumbo norte, y la última, hacia el sur poniente, que se abre camino por terrenos quebrados entre las estribaciones del Cerro Grande y otra serie de lomeríos que se asocian a la parte oriental de la sierra de Pénjamo, para finalmente llegar a la cuenca de Chapala.

Figura 2. Zonas fisiográficas que se relacionan con el asentamiento de la ciudad de La Piedad




Fuente: Elaboración propia.

Así, la población de La Piedad se encuentra en medio de tres zonas fisiográficas ligadas por el río Lerma; la primera al sur-suroeste rodeada por el arco del río, caracterizada por sus cerros y lomeríos; y las otras dos del otro lado del río, una al suroriente donde se encuentra el valle, y la que domina el panorama septentrional, que se relaciona con las estribaciones de la sierra de Pénjamo. En conjunto estas tres zonas, son las que forman la última microcuenca del Lerma antes de llegar a la de Chapala, cada una con su propio arreglo de drenaje superficial, el cual también tuvo que ver con la distribución de los poblados asociados con La Piedad.

Desde una mirada histórica, todavía en los últimos años del siglo XVI, el área envuelta por el río Lerma se consideraba

como uno de los últimos espacios poblados según las costumbres éticas y socialmente aceptables del continente europeo, pues el territorio ubicado más allá del río se consideraba como habitado por gente incivil o, como se les denominaba hacia aquellas épocas, de gente "chichimeca". En específico, y tomando como referencia el área que colinda con el río, se hace alusión a los grupos guamares, pueblos seminómadas que transitaban por gran parte del territorio que ahora ocupa el estado de Guanajuato (Powell 1977: 52). En el último tercio del siglo XVI hay menciones de varios asentamientos humanos que hacían vida sobre la margen derecha del Río Grande, por ejemplo, uno de estos caseríos era llamado El Fuerte (Carrillo 1991: 203), lo que da una idea de la percepción que se tenía de estos parajes; es decir, se concebía como una frontera, un límite entre los territorios ya controlados, conocidos y apropiados, y los distintos y a la vez reveladores de la manera de vivir de sus habitantes, que resultaba difícil comprender y por ello se asumían como agresivos y difíciles de controlar.

Dentro de la zona envuelta por el río, desde mediados del siglo XVI se reconocen poblaciones como las de Ecuandureo, Yurécuaro, Taquiscuareo y Aramútaro (después La Piedad), las cuales dependían del partido de Tlazazalca, fundado en 1545 (Carrillo 1996: 216). Y en torno a estos poblados resaltan los nombres de las haciendas de Quiringüicharo y Potrero de Tejeda como unas de las posesiones relevantes en esta zona (Carrillo 1990: 116), ya que a partir del trabajo realizado en sus terrenos, básicamente por los arrendatarios en las labores de la agricultura y ganadería, se sustentaba gran parte de la actividad económica de la región. Ya del otro lado del río, en lo que se conocía como el partido de Pénjamo-Numarán, que abarca las zonas del valle y las estribaciones de la sierra de Pénjamo, sobresale el nombre de la hacienda

de Santa Ana Pacueco, un latifundio que ha tomado un papel importante entre los protagonistas de la historia de La Piedad.

Respecto a la presencia de la hacienda de Santa Ana y su influencia en la historia de la región, se puede comenzar por decir que a pesar de su extensión, cuyos dominios iban desde las cercanías del actual Arandas, en Jalisco, hasta terrenos en Pénjamo Guanajuato (Brading 1988: 66), la casa grande o casco se construyó junto al río, justo en la parte interna del meandro que acompaña a las mesetas de Acuitzio y Laureles, es decir, en colindancia directa con el poblado de La Piedad. Así, el área administrativa de la hacienda se estableció en un punto en donde el valle junto al río representaba un potencial económico importante para la agricultura, sobre todo porque la zona de cultivo asistido por riego se podía extender a más de 20 km; ello obedeció a una expectativa que se fue cumpliendo a lo largo de los años y que de hecho podemos apreciar hoy día. Es más, desde el punto de vista del riego, el valle fue extendido por la mano del hombre todavía más hacia el norte, pues subiendo por la corriente del río de Los Ocotes, un río que alimenta al Lerma bajando desde la sierra de Pénjamo, allá por la barranca de Chilarillo, es posible apreciar la continuidad de los campos de cultivo asistidos por riego a más de 12 km del propio límite altitudinal del valle.

Así pues, el espacio que ocupaba La Piedad se encontraba en contacto constante debido al ajetreo provocado por las labores agrícolas y ganaderas de las tres haciendas, las que en ese esfuerzo de producción transformaban el paisaje de manera significativa; por esta razón, esos cambios involucran también la historia de La Piedad y, por consecuencia, a su forma.

## *El avecindamiento: los trazos originales, caminos por calles*

Regresando al punto geográfico en donde se asentaron los primeros pobladores de La Piedad –en ese entonces al pueblo de Aramutarillo–, del último tercio del siglo XVII, podemos decir que tenemos un asentamiento entre fronteras: una constituida por las regiones culturales, otra entre haciendas, y una más por las condiciones fisiográficas. Partiendo de ese lugar se aprecia un nodo donde se cruzan varios intereses y ámbitos geográficos, el que empata con el carácter del asentamiento formado en el siglo XVII, el cual es excelentemente tipificado por el Dr. Alberto Carrillo como un proceso de *poblamiento por avecindamiento.* A diferencia de una fundación formal, el avecindamiento se trata de un proceso más gradual, en este caso fomentado por la confluencia de "una pequeña república de indios, ya acostumbrada a la convivencia ancestral de tarascos y chichimecas, un moderado vecindario de españoles mestizos, en su mayoría labradores arrendatarios y una considerable congregación de mulatos en busca de trabajo y de hogar" (Carrillo 1990: 261).

Así pues, entre fronteras y sin una fundación formal en la que se estableciera *per se* una distribución de predios más o menos regular bajo una traza establecida, al parecer el orden espacial que le pudieron dar los primeros pobladores al asentamiento piedadense, tan sólo se afianzó en una plaza central a la cual llegarían todos los caminos.

## *Descripción hipotética de la primera traza*

La plaza se estableció al pie de la ribera del río, y por lo que podemos inferir de lo que se observa hoy día, se trataba de una explanada de planta cuadrada de buenas dimensiones, pues

podía haber alcanzado los 86 m por lado.[1] En término generales, el lado norte de la plaza se asociaba con el edifico de la iglesia, y el oriente con la ribera del río. Por otra parte, el lado sur se encuentra relacionado con el comienzo del desnivel hacia las laderas de la meseta Vasco de Quiroga, y sobre todo con la bajada de un riachuelo temporal, características que hacían de esta zona un espacio menos propicio para establecer construcciones, por lo que es el área del lado poniente de la plaza la que se le puede asociar con mayor certeza con el área habitada en aquellos tiempos; de hecho, hasta nuestros días a esa zona se le da el nombre de Barrio Viejo. Es pertinente advertir que cuando se hace referencia a la zona habitada, por ejemplo, para el año de 1683 tan sólo se registraron no más de siete casas y 32 pobladores (Carrillo 1990: 216); si trasladamos este dato al ámbito espacial y retomando el año de 1699 como la fecha en que se consigna el inicio de las obras del templo, tenemos entonces que la plaza era la única característica de una traza urbana en dicho asentamiento, y como tal, a ella llegaban todos los caminos.

El camino principal partía de la esquina sur-oriente de la gran plaza, el cual conectaba con la entonces cabecera del partido, o sea Tlazazalca, pasando por Numarán. En la esquina sur-poniente se encontraba el camino que comunicaba con el casco de la hacienda de Quiringüicharo, aunque por las condiciones del relieve del terreno se puede decir que a ese punto de la plaza llegaban dos caminos, uno hecho por el hombre y otro por el agua, pues en época de lluvias se formaba una escorrentía que bajaba al río Lerma por ese punto. Del otro lado de la explanada, en la esquina norponiente, sin una huella clara del camino, se tomaba rumbo hacia los terrenos de la hacienda de Potrero de Tejeda; finalmente, sobre el lado oriente de la plaza

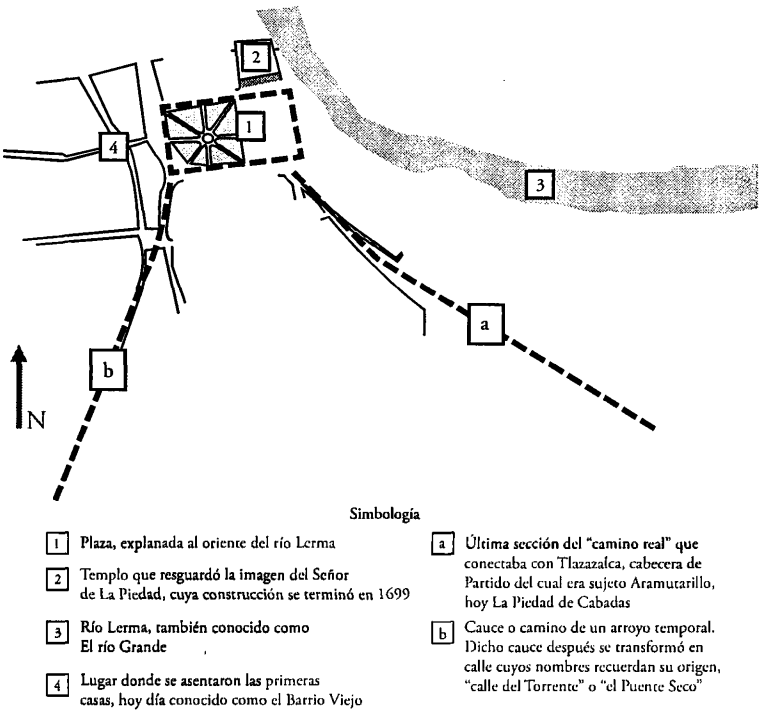
1. Traducido a varas, esto pueden ser 100 varas castellanas.

se encontraba el río, el que con certeza debió tener un paso para conectarse con la hacienda de Santa Ana.

Por lo que se puede observar hoy día, es la plaza y sobre todo el trazo de los caminos, siguiendo los desniveles más cómodos del terreno para su paso, los que marcan los primeros asomos del plano urbano que es posible notar hasta nuestros días. Con respecto a ese trazo, el principal obstáculo natural para diseñar los caminos a la llegada del entonces Aramutarillo, era el frente rocoso de la meseta Vasco de Quiroga; para llegar desde Tlazazalca vía Numarán, el camino flanqueaba la ribera izquierda del río Lerma por terrenos planos entre el río y el frente rocoso, lugar que hoy día se conoce como Banquetes; por ello, después de un quiebre del río, el camino se pudo trazar de forma recta hasta llegar a la plaza.

El camino por el que se llegaba a la hacienda de Quiringüicharo y en general que salía hacia el sur, no pudo evitar el paredón rocoso de la meseta, por ello tan sólo se consiguió trazarlo por los desniveles menos abruptos, donde las paredes –que en ocasiones alcanzan los 10 m de vertical– fueran menos pronunciadas, es decir, por pasos naturales del relieve que también forman parte de las escorrentías o cauces de aguas torrenciales en época de lluvias. Al respecto, se puede señalar que la escorrentía más representativa y que ha dejado huella en el trazo de la ciudad, es la conocida como el Arroyo del Puente Seco. Dicha escorrentía baja desde lo alto de la meseta dibujando una diagonal sobre la ladera hasta llegar a la plaza, para finalmente y como se había comentado, llegar al río. Aunque ciertamente el trazo de la escorrentía no está hecho por el hombre, aun así el camino del agua ha impuesto su sello a la configuración de La Piedad. Por su parte, casi paralelo al camino del agua, se trazó el camino que también baja por un recoveco topográfico desde la pared del frente rocoso, a no más de 400 m al poniente con respecto al primero (véase figura 3).

Figura 3. Primera traza, reconstrucción hipotética de los caminos que se convirtieron en calles




Fuente: Elaboración propia

Por el lado oriente, el río era el que dificultaba el paso franco, en este caso, hacia las tierras de la hacienda de Santa Ana, pero se puede pensar que se podía pasar con relativa facilidad en época de estiaje y en su defecto con embarcaciones.

En resumen, lo que se tenía en los inicios del asentamiento piedadense era una plaza desde la cual se desprendían caminos que no guardaban un arreglo simétrico con respecto al trazo de la misma, tan sólo se puede advertir que dos de ellos se desprendían de los respectivos vértices del lado sur de ese gran cuadrángulo

dibujado por la plaza, y su trazo por el terreno respondía a la adecuación del paso de los andantes por los relieves menos abruptos.

*Formalización del asentamiento. Contexto histórico geográfico*

En el paso del siglo XVII al XVIII, la población de Aramutarillo se vio envuelta en un apretado conjunto de acontecimientos de carácter político, demográfico y simbólico que dejaron huella en la traza de la ciudad, definiendo con esto otra etapa en el desarrollo de la traza del asentamiento.

En 1702 se había terminado de construir el edificio principal de la gran plaza ubicada al pie del río (Carrillo 1990: 194), se trata del templo que resguardaba al Señor de La Piedad, elemento esencial y fundamental de la identidad religiosa de la población, tanto que el asentamiento comenzó a llamarse "pueblo de La Piedad", nombre que se acuñó por primera vez en 1692, por iniciativa del entonces párroco de Tlazazalca, don Juan López de Aguirre (Carrillo 1990). Pero en los primeros años del siglo XVIII, no sólo se estaba "renombrando" a la población. En efecto, aunado a esto, en 1707 un conflicto ocurrido en la cabecera del partido de Tlazazalca, entre los pobladores y las autoridades seculares y religiosas, hizo que estas últimas tuvieran que cambiar su residencia al pueblo de La Piedad, con lo que el carácter de la población tomaba otros matices.

Hacia 1710 el asentamiento contaba con 460 habitantes (Carrillo 1990: 120),[2] lo que implicó una población catorce veces más grande con respecto a los datos proporcionados para el año de 1683; pero aún así, la imagen del poblado no había cambiado mucho pues aparentemente el asentamiento seguía estando

2. Dato tomado por el Dr. Carrillo del libro de bautismos realizado por el vicario D. Cristóbal de Luque.

formado por la plaza y los caminos. Pero aquellos matices se notaron también en el cambio de carácter de la población; se pueden abstraer y observar en un cambio de estatus de los caminos, es decir, si antes estos *salían* de la plaza, ahora los caminos *llegan* a la plaza, pues el hecho de resguardar a la imagen del Señor de la Piedad convertía a este pueblo en el "centro religioso de toda la ribera del río Lerma" (Carrillo 1990: 161). Así, la localidad comenzó a adquirir su carácter de lugar de confluencia y con ello, su posición relevante en la geografía de la región.

El desarrollo de los asentamientos humanos incluidos en el espacio de las tres zonas fisiográficas relacionadas con La Piedad, es decir, los pueblos y rancherías que crecían en torno a las haciendas o lugares de labor arrendados, también propiciaron condiciones para que dicha ciudad se desarrollara como un lugar de carácter administrativo. Por ejemplo, se dice que era

> tan crecida la población asentada en esas tierras de [la hacienda de] Quiringüicharo, que la información levantada en 1747 para estimar la conveniencia de separar La Piedad de Tlazazalca pone como una de las principales razones la atención de esos numerosos pobladores congregados en ranchos, estancias y haciendas (Carrillo 1990: 143).

Se trata de una mezcla de necesidades e intereses entre los hacendados y los habitantes, concretados en la disposición de mano de obra, por un lado, y un lugar para habitar, por el otro. Si vemos esta mezcla desde el punto de vista territorial y espacial, La Piedad se presenta como la combinación de ambas necesidades, por lo que el poblado se encontraba en la esfera de influencia de los hacendados; por ello no extraña que en sus diferentes momentos los templos se construyen auspiciados por sendos dueños de la hacienda de Santa Ana Pacueco.

En ese tenor, la intención de construir un templo más digno y más grande que pudiera resguardar la imagen del Cristo de la Piedad, y lo que ello representaba, como los inconvenientes de mantener una plaza al pie de un río propenso a las constantes inundaciones, favorecieron la construcción de un nuevo templo. Así que era necesario un edificio de mayores dimensiones que el primero y en un lugar más apropiado, es decir, hacia terrenos más altos en donde las inundaciones no lo afectaran. Así, en 1740 se sientan las bases materiales para una transformación en la incipiente traza del poblado, con el inicio de la construcción de un nuevo templo sobre la loma de la meseta (Carrillo 1990: 63).

## Morfología e interpretación de la segunda etapa: Conjunción de trazas, los caminos se entretejen con calles

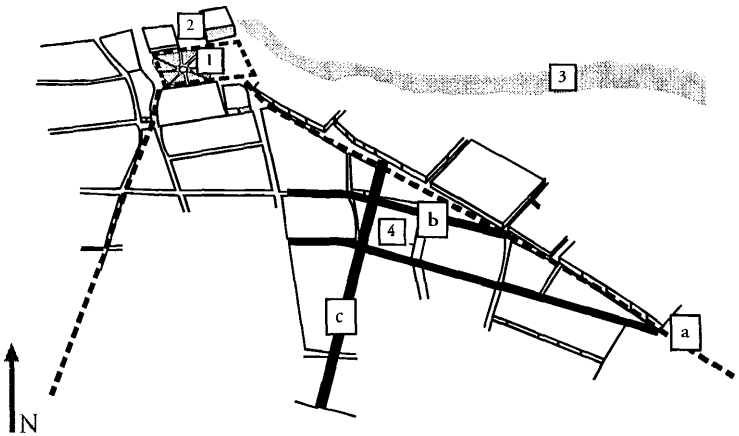
La edificación del templo nuevo se proyectó a no más de 400 m hacia el sureste con respecto al primero y, como se ha dicho, en terrenos más altos sobre la ladera de la meseta, por ende, sobre terrenos inclinados. La fachada del templo se delineó de manera perpendicular al desnivel del terreno, de cara al río, pero guardando sus distancias. Frente al templo se construyó una calle perpendicular a su fachada, que hacia el oriente y tratando de seguir una misma cota sobre la pendiente, se une con el camino que llega del rumbo de Numarán, de forma tal que se manifiesta un espacio triangular, el cual se convertiría en la segunda plaza del poblado. La nueva plaza se levantó a un lado del templo dibujando su forma triangular, y por su parte, el espacio que se formó frente al templo fue ocupado posteriormente por el atrio y por las construcciones para albergar a los poderes civiles.

Podemos decir que es entonces cuando el camino que viene del rumbo de Numarán, en el tramo formado entre la primera y la segunda plaza, se convierte en una de las primeras calles del poblado, para después formar uno de los principales ejes de la traza de la antigua ciudad.

En 1744, cuando todavía se encontraba en construcción el nuevo templo, don Pedro Pérez de Tagle, dueño de la hacienda de Santa Ana Pacueco, quien financiaba la construcción del templo nuevo, también comenzó a edificar una casa al costado derecho de dicho templo (Carrillo 1990: 136). Dicha casa, junto con el espacio ocupado por el templo, comenzaron a delinear el predio central del nuevo emplazamiento y con éste, algunos rasgos de las calles pues la fachada de la casa era el referente que delineaba la calle perpendicular al trazo formado frente a la fachada del templo.

Para mediados de siglo XVIII, el centro vital de la población se había terminado de instaurar en las inmediaciones del nuevo templo; en 1752 la imagen del Señor de la Piedad se encontraba ya en su nueva casa, y por su parte la población ya tenía cuatro años de haberse separado del partido de Tlazazalca, instituyéndose como otro partido. De esta manera, La Piedad se oficializaba como lugar de encuentro. En ese sentido, los caminos que llegaban desde los cuatro rumbos seguían siendo importantes y seguían delineando la forma del poblado, pero las 117 casas que se reportan para esos años (Carrillo 1990: 216) estaban generando una nueva distribución en ese momento en torno al "nuevo centro". Los predios que se estaban formando se fueron distribuyendo, tomando como referencia el antiguo camino a Numarán, la plaza y el predio central en razón del nuevo templo, de esta forma parecía que se estuvieran entretejiendo los primeros senderos de Amarutarillo con lo que llegarían a ser las calles del entonces nuevo emplazamiento del poblado de La Piedad.

Figura 4. Segunda traza, reconstrucción hipotética a partir de la construcción del nuevo Santuario




Simbología

1 Plaza, explanada al oriente del río Lerma

2 Templo cuya construcción terminó en 1699

3 Río Lerma, también conocido como El río Grande

4 Santuario del Señor de La Piedad, 1752 año en que la imagen del Señor de La Piedad es transportada a su nueva casa

a Última sección del camino hacia Tlazazalca. El "camino real" se funde con las calles

b Calle al frente de la fachada del templo nuevo con la que se forma la plaza de planta triangular al cruzarse con el camino real

c Calle asociada a la fachada lateral del templo nuevo

Fuente: Elaboración propia

Para completar la imagen del poblado, vale advertir que aún siendo un lugar de referencia dentro de la región, La Piedad no era el asentamiento más habitado entre los que se encontraban a sus alrededores y jurisdicción. En efecto, aunque existen referencias que hacen alusión a su franco crecimiento durante la segunda mitad del siglo XVIII, es necesario tener en mente que el crecimiento de La Piedad también se explica como parte del desarrollo de la región geográfica del Bajío en tanto se afianzaba como zona agrícola (Uzeta 1997: 49, Checa 2011: 131).

*El confuso siglo XIX, destrucción y resurgimiento. Tercera etapa*

En la primera mitad del siglo XIX, la convulsión social y económica que generó la guerra de independencia no abonó para nada al aspecto de la ciudad, de hecho, la dañaron de una forma sustancial. A este respecto, el acontecimiento que marcó esa etapa fue el incendio de gran parte de la ciudad, ordenado por el cura insurgente José Antonio Torres en 1818, en represalia a una derrota sufrida en la región por parte de fuerzas realistas un par de años antes (Martínez 2001: 34). Tal fue la pérdida y daño a la ciudad que según el testimonio de W.H. Hardy, un viajero inglés que siete años después del gran incendio visitó la ciudad, comentó que la población seguía en ruinas (Glantz 1982: 168).

El avance de la infraestructura edificada en el siglo XIX fue difícil, pero finalmente es en ese siglo que se estableció lo que hoy día se conoce como el Centro Histórico. En la primera mitad de siglo las cosas de la administración pública no avanzaban muy rápido, aunque se expresaba el interés en el mejoramiento del poblado. Por ejemplo, la construcción de edificios representativos del equipamiento administrativo, como las Casas Consistoriales (sede del gobierno municipal), desde su planeación en el año de 1823 (Aceves 2002: 103) hasta su construcción definitiva (Martínez 2001: 38), requirieron 35 años para lograr su fin. Por otra parte, entre 1832 y 1833 se construyó una de las obras que marcó el comienzo de otra etapa en la estructura espacial de la población. En estos años, por iniciativa del cura José María Cavadas, se construyó el puente sobre el río Lerma que hoy día lleva su nombre.

La construcción y, en consecuencia, el uso del puente desvirtuó todavía más el papel que desempeñó la antigua plaza que acompañaba al primer templo de la localidad. Antes de la construcción del Puente Cabadas, lo que en ese entonces ya se

conocía como la Plaza de la Concepción (por el templo dedicado a la advocación de la Purísima Concepción) seguía siendo un lugar de vital atracción en las actividades de la vida comercial del poblado. Varias señales hacen pensar que el lugar seguía siendo el paso principal entre La Piedad y Santa Ana, es decir, el lugar en donde se encontraba y permanecía el embarcadero de la ciudad; entre esas señales se encuentra el gran espacio y la poca pendiente que se forma entre la plaza y la ribera del río. También se hace la mención en las actas de cabildo de 1826 al 1828, sobre la repartición entre el propio cabildo del dinero obtenido por el cobro de las lanchas que cruzaban el río, y el dinero que proporcionaba el dueño de las lanchas a las reparaciones y mantenimiento del templo de la Purísima (Aceves 2002: 140); como es de imaginarse, el puente provocó el traslado del movimiento de mercancías hacia el oriente con respecto a la antigua plaza, es decir, que el movimiento comercial se comenzaba a acentuar sobre la nueva plaza, la del Señor de la Piedad.

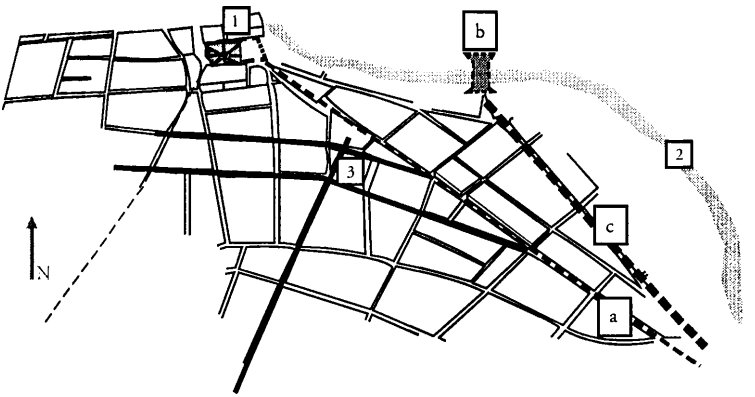
La construcción del puente no sólo influyó directamente en la configuración del poblado, también lo marcó de manera extraregional pues se ratificó la importancia de La Piedad como paso entre las tierras del Bajío guanajuatense y el queretano con la región de Jalisco. Y en el aspecto local, el puente no sólo reafirmó la relación espacial de La Piedad con el casco de la hacienda de Santa Ana Pacueco, sino que también abonó en la relación con nuevos espacios dedicados a la producción. Esto es, para esa época, el otrora gran latifundio de Santa Ana se había fragmentado en varias haciendas, una situación relevante para el desarrollo del medio construido de La Piedad, dado que la población se tornó paulatinamente en asiento de las viviendas de un pequeño grupo de profesionales de la administración, como abogados, comerciantes (García 2010: 141) y de algunos de los que en ese momento eran los nuevos hacendados.

En las dos últimas décadas del siglo XIX se notaron las innovaciones introducidas en la vida cotidiana de los habitantes de La Piedad: la población construye escuelas, cuenta con una estación de telégrafo, con hospital civil, con escuela de música, se mejora la plaza y en las calles del centro se establece una sucursal del Banco de Londres y México en Morelia (Martínez 2001: 55-76). A los templos se les instalan pararrayos, y se contaba con un reloj público (Suárez *et al.* 2001: 109-117). Pero el hecho que marca la innovación del siglo es la puesta en funciones del ferrocarril; el 15 de mayo de 1888 se inauguró el ferrocarril central México-Guadalajara, con estación en terrenos de Santa Ana (Suárez *et al.* 2001: 90), un acontecimiento determinante en la historia urbana entre La Piedad y Santa Ana Pacueco.

*Trazo y forma hasta finales del siglo XIX*

En sus efemérides de 1876, los señores Suárez Morfín identificaron como barrio al grupo de casas establecidas en torno al primer templo del poblado, que en ese entonces ya se conocía como el templo de la Purísima (Suárez *et al.* 2001: 73). Así, se puede hablar de la conformación de cuando menos dos barrios bien establecidos desde mediados de siglo XIX, el mencionado barrio de la Purísima y el formado en torno al nuevo templo del Señor de la Piedad, que para ese entonces ya tenía más de cien años de haberse comenzado a construir. En este tenor, si tomamos las fechas de construcción de los subsiguientes templos del poblado como referencia del crecimiento de la población, observamos que el nuevo territorio se extendía hacia el oriente, un fenómeno paulatino que pudo haber comenzado a partir de la segunda mitad del siglo, pues el templo que representa este espacio, el Santuario de Guadalupe, inició su construcción en 1872,

Figura 5. Tercera traza, rasgos principales de la traza de la ciudad para mediados del siglo XIX




Simbología

1 Templo cuya construcción terminó en 1699

2 Río Lerma, también conocido como El río Grande

3 Santuario del Señor de La Piedad, 1752 año en que la imagen del Señor de La Piedad es transportada a su nueva casa

a Última sección del camino hacia Tlazazalca. El "camino real" se funde con las calles

b Puente Cavadas, construido entre 1832 y 1839

c Camino que acorta el paso entre el "camino real" y el Puente Cavadas. Posteriormente este camino le da forma al barrio de San Francisco

Fuente: Elaboración propia

sobre una capilla de adobe que se había comenzado a construir en 1869 (López 2003: 104).

Por su parte, y más tardío, está el orden que se le pudo haber dado al grupo de casas y predios que también se desarrollaron al oriente del poblado, pero en este caso en la zona baja, es decir, entre el trazo del camino a Numarán y el curso del río Lerma, pues la fecha del inicio de la construcción del templo que podemos tomar como referencia, el de San Francisco, es 1886 (Martínez 2001). De este templo, por cierto, destaca su emplazamiento apegado a la traza de un sendero que acortaba el camino hacia el Puente Cabadas, sin tener que pasar por la plaza del Señor de

la Piedad. Dicho sendero partía del camino de Numarán, justo en donde su trazo comienza a alejarse de la ribera del río, es decir, donde las sinuosidades del río generan el espacio que posteriormente ocupó el mencionado barrio de San Francisco.

Entonces, en el siglo XIX el poblado fue creciendo básicamente hacia el oriente a partir de los dos barrios originarios; y para ordenar la distribución de las calles y predios, la referencia más notable fue la extensión del camino que conectaba hacia Numarán como calle. Más tarde, otra referencia sería la manzana donde se encuentra el Santuario del Señor de la Piedad y su calle que forma la plaza, desde la cual se buscó trazar vías paralelas hacia el sur, en donde el terreno sube y es más inclinado. Vale la pena anotar que justamente por las características del relieve, la simetría entre las calles no se logró del todo, pues al trazarlas y construirlas, aparentemente se buscó seguir un mismo nivel en el trazo, con la intención de hacer el andar más fácil y cómodo por esos caminos.

El resultado es que para finales de siglo el panorama del poblado era de un trazo poco regular, cuyo proceso de formación implicó tres momentos de crecimiento sin una planeación o proyección precisa de las calles, sino más bien de una superposición de senderos entre el primer emplazamiento y el segundo, y posteriormente, una extensión que partió de esa superposición.

### *El trazo de la población hasta las postrimerías del siglo XX*

En los últimos años del siglo XIX el poblado ostentó el rango de ciudad. Desde 1871 había cambiado oficialmente de condición jurídica y nominal, ahora era considerada como Ciudad de La Piedad de Cabadas, asiento de uno de los 15 distritos en los que estaba dividido el estado de Michoacán, y bajo toda su jurisdicción contaba con 15 123 habitantes para el año de 1895 (Velasco

2006: 70). Características suficientes para considerarse dentro de las actividades referidas por las ordenanzas municipales, aprobadas por el gobierno estatal en 1892, en las cuales se requería a los ayuntamientos la obligación de ordenar la distribución de los predios y de casas en cuarteles y estos en manzanas; también se requería establecer la nomenclatura de las calles y numerar las casas, argumentando la utilidad de dicha disposición en asuntos de correspondencia, escrituras, padrones y en general para todos los actos de la vida civil. El ordenamiento incluía la realización de los planos de las ciudades, en los cuales tenía que verse plasmada la división de los cuarteles, y en cada uno de estos se debió indicar el número de manzanas (Sánchez 2010: 23-24).

Cumplida la orden, el poblado tenía la primera versión de su aspecto plasmado en un plano,[3] con fecha de edición en 1901. Dicho documento muestra una población que medía 1 617 m de extensión de oriente a poniente y de 882 m de norte a sur.[4] En esa superficie atrajo la atención la cantidad de espacios públicos, pues en escasos 500 m lineales, es decir, los metros que se encuentran entre el barrio viejo de la Purísima y la entrada al Puente Cabadas, se da cuenta de cinco plazas, a saber: la de la Concordia, localizada frente al ayuntamiento; la de la Unión, entre comercios; la de la Concepción, esto es, la primera plaza ahora referenciada por el templo de la Purísima; la Plaza del Puente, localizada precisamente frente a la entrada al puente; y la Plaza Central. Y asociado a estas plazas se halla un total de seis portales: el portal Independencia, el de la Patria, el de Hidalgo, el de Morelos, el de Iturbide y el de Las Flores.

3. "Una vez elaborados los planos, el gobierno del estado dio su aprobación para que los referentes a las cabeceras distritales fueran editados mediante el procedimiento litográfico en las prensas de la Escuela Militar Porfirio Díaz, de Morelia" (Sánchez 2010: 25).

4. La población asentada en el núcleo urbano era de 9 852 habitantes para el año de 1900 (II Censo General de Población y Vivienda, tomado de Checa 2011: 133).

Esa cantidad de espacios públicos nos muestra la permanencia del poblado como un lugar de encuentro. En efecto, más allá del trazo irregular de las calles por razones intrínsecas a la topografía, lo que sucedía fuera de sus límites físicos, esto es, con la población de la región, cuya referencia más directa seguía siendo la gente que laboraba en las haciendas o rancherías, también influía de manera importante en la forma de la ciudad. Las plazas y portales también fueron un reflejo del requerimiento de espacios para el intercambio comercial de los habitantes de esas áreas productivas.

La movilidad de personas y mercancías era un hecho cada vez más dinámico, tanto regional como en la inmediatez del poblado; al respecto, sobresale otro rasgo urbano significativo, plasmado en el plano de 1901: se trata del trazo de un tranvía que partía del centro de la ciudad hacia la estación del tren, y que al pasar por el Puente Cabadas afianzó el trazo del camino hacia la hacienda, lo que lo convirtió en el eje sobre el cual Santa Ana Pacueco se fue distribuyendo en el espacio. Auspiciada por un grupo de empresarios –entre quienes destacó el dueño del mesón en el poblado–, la construcción de la vía selló la relación espacial de La Piedad con Santa Ana como un mismo fenómeno urbano. Con respecto a los tranvías o ferrocarriles urbanos, como los llama el historiador Jesús Romero Flores, en 1904 también se comenzó la construcción de otra ferrovía sobre el trazo del Camino Real, que conectaba la plaza principal con el paraje conocido como La Quinta, situada al oriente de la ciudad (Romero 1946: 580). Así, se puede apreciar que la ciudad se modernizaba desde los caminos y para los caminos, una condición nodal en la historia de su forma.

Por último, y siguiendo con la observación del plano de 1901, se puede notar que el camino que parte desde la plaza de La Purísima y que se dirige rumbo a Numarán, es uno de los referentes gráficos

más importantes del plano de la ciudad, pues es parte del eje en que dividieron los cuarteles del lado norte y el sur; con base en ese hecho, fácilmente se puede apreciar que el camino del siglo XVII seguía imponiendo su presencia en la ciudad de principios de siglo XX, como hasta nuestros días. Por su parte, en la gráfica también sobresale la encrucijada que se forma hacia el norte de la misma Plaza Central, en donde se entrelazan los caminos y las calles del primero y segundo asentamiento de la ciudad. Ambos se confunden con un elemento natural abstraído en infraestructura urbana, esto es, con la calle en cuyo nombre lleva la fama la "Calle del Torrente", de acuerdo con lo que se aprecia en la nomenclatura del plano, y que en conjunto forman las ocho esquinas. Vale reiterar que la calle del Torrente, hoy conocida como la calle del Puente Seco, se trata de un rasgo natural que quedó incorporado a la traza urbana de forma paulatina, pero persistente, pues cada año en época de lluvia, y en tan sólo un par de horas, el agua se encargaba de recordar por dónde era su camino.

## Colofón

Hasta aquí la interpretación y descripción del crecimiento de una ciudad cuya vocación productiva estuvo y está íntimamente ligada a la agroindustria. Se trata de un tipo de ciudad que, junto con otras contemporáneas, conformaron gran parte de la geografía de lo que hoy día constituye "la provincia" de nuestro país; estas ciudades se adecuaron al crecimiento de la población y de su asentamiento, y con ello, dieron cuenta del perfil que tienen actualmente; por desgracia, poco se conoce sobre su proceso de crecimiento. Esperamos que desde el estudio de su aspecto material sea posible contribuir con un tanto en ese rubro de la historia del México rural, un conocimiento que también pretende respaldar asuntos puntuales con respecto al crecimiento en el periodo contemporáneo.

## Bibliografía

Aceves, Bertha (2002), *Memorias y relatos, las Actas de Cabildo de La Piedad, Michoacán*, Morelia: Instituto Michoacano de Cultura.

Bermejo, Jesús (2009), "Leyendo los espacios: una aproximación crítica a la sintaxis espacial como herramienta de análisis arqueológico", *Arqueología de la Arquitectura*, Madrid, núm. 6, pp. 47-62.

Brading, David (1988), *Haciendas y ranchos del Bajío. León 1700-1860*, México: Grijalbo (Colección Enlaces).

Capel, Horacio (2002), *La morfología de las ciudades. I. Sociedad, cultura y paisaje urbano*, Barcelona: Ediciones del Serbal.

Carrillo, Alberto (1990), *La primera historia de La Piedad: El fénix del amor*, México: El Colegio de Michoacán / Foro Cultural Piedadense.

_____ (1991), "'Chiquisnaquis' un indio escribano, artífice de 'títulos primordiales' (La Piedad Siglo XIII)", *Revista Relaciones*, otoño, vol. XII, núm. 48, Zamora: El Colegio de Michoacán.

_____ (1996), *Partidos y padrones del obispado de Michoacán: 1680-1685*, Zamora: El Colegio de Michoacán / Gobierno del Estado de Michoacán.

Checa, Martín (2011), "Notas sobre la construcción de una ciudad pequeña mexicana: La Piedad de Cabadas, Michoacán (1592-2010)", *Anuario de Espacios Urbanos*.

García, Sergio (2010), "La Piedad: desarrollo urbano al margen del río Lerma" en Gerardo Sánchez (coord.), *Pueblos, villas y ciudades de Michoacán en el porfiriato*, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Instituto de investigaciones Históricas.

Glantz, Margo (1982), *Viajes en México, crónicas extranjeras*, México: Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Educación Pública, vol. 80, núm. 34, t. 1.

Hillier, Bill y Julienne Hanson (1984), *The Social Logic of Space*, Cambridge: Cambridge University Press.

López, Refugio (2003), Álbum Guadalupano (reedición de Álbum Guadalupano IV Centenario, 1931), Michoacán: H. Ayuntamiento de La Piedad.

Martínez, José Antonio (comp.) (2001), *Cronología de La Piedad*, La Piedad de Cabadas: Ayuntamiento de La Piedad 1999-2001 / El Colegio de Michoacán.

Powell, Philip (1977), *La guerra chichimeca: 1550-1600*, México: Fondo de Cultura Económica.

Romero, Jesús (1946), *Historia de Michoacán* (Propiedad del Gobierno de Michoacán) México: Imprenta Claridad.

Téllez, Carlos (2014), "Formación del fenómeno metropolitano en La Piedad-Pénjamo, ¿problema urbano, metropolitano o de buen gobierno?", Ponencia presentada en el *II Simposio de Geografía Humana y Ciencias Sociales. Generación de Conocimiento Geográfico Interdisciplinario, su Aplicación y Compromiso*, 29 y 30 de mayo, La Piedad: El Colegio de Michoacán.

Sánchez, Gerardo (coord.), (2010), *Pueblos, villas y ciudades de Michoacán en el porfiriato*, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Instituto de Investigaciones Históricas.

Suárez, Miguel *et al.* (2001), *Efemérides de La Piedad de Cabadas: 1833-1911*, Zamora: El Colegio de Michoacán / Ayuntamiento de La Piedad (1999- 2001).

Uzeta, Jorge (1997), *El diablo y la santa: imaginario religioso y cambio social en Santa Ana Pacueco, Guanajuato*, México: El Colegio de Michoacán.

Velasco, Alfonso (2006), *Geografía y estadística del estado de Michoacán de Ocampo*, edición facsimilar de la de 1895, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Instituto de

Investigaciones Históricas / Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Michoacán.

Vilagrasa, Joan (1991), "El estudio de la morfología urbana: una aproximación", *Geocrítica*, Cuadernos Críticos de Geografía Humana, Barcelona: Universidad de Barcelona, año XVI, núm. 92.